

*Lo que sigue es un ensayo concebido como el primero de una serie que diera cuenta del fenómeno humano, una especie de “De todo y todas las cosas” que explicitara la concepción que en mí se fue forjando a partir del estudio de la Doctrina y los reportes científicos, contrastados con la experiencia y la reflexión sobre lo cosmológico como “visión” propiamente dicha. O sea, como concepción del Cosmos. Le seguiría un ensayo sobre la Cultura, del cual no tengo más que unas vagas ideas. Luego una teoría de la Psicología que cerraría el ciclo “descendente”, desde las ideas de lo macro hasta las de lo micro, que hoy se puede encontrar aproximadamente plasmadas en “Dinámica psíquica y trascendencia”. El ciclo “ascendente” comenzaría con el intento de conceptualizar mi situación existencial, una especie de Psicología de la existencia en tanto estar emplazado en el mundo, que tuvo su primera versión en el gemelo de este ensayo que sigue, titulado “El emplazamiento humano en el mundo”, publicados ambos en “La otra mirada”, y que estoy por revisar. Cómo se expandiría la visión del mundo desde la conciencia de estar emplazado, en situación, desde la mirada interna, tuvo su nivel explicativo en “La paradoja conciencia-mundo” y “Alisando el rulo”. Y hasta ahí llegué. Limitaciones de la vigilia...*

## **¿Qué es la humanidad?¹**

**por Néstor Tato**

### **El marco conceptual**

La pregunta del título es doblemente intencionada, ya que puede entenderse que se hace cuestión de lo que es característico de lo humano², por un lado, y por el otro, de la Humanidad, sujeto del proceso de la Vida en este estadio evolutivo³, de modo que me parece necesario comenzar por la cuestión, más bien ontológica, de qué cosa es la Humanidad.

En términos generales, las opiniones y teorías al respecto no disciernen adecuadamente los niveles⁴ a los que corresponden los fenómenos agrupados bajo los grandes conceptos que comprenden la visión del mundo, y no establecen las correspondencias entre ellos, según su nivel⁵.

Este trabajo pretende ser un reordenamiento de datos que suele relacionarse inadecuadamente. Intento tender puentes entre lo cosmológico y lo psicosocial, valiéndome de la Lógica. De ese modo apunto a servir a la elaboración de una teoría o visión unificadora de todo lo manifestado. Cuando se revisa los intentos de teorización desde un punto de vista cósmico o universal, es frecuente la traspolación de conceptos de un campo o de un nivel del conocimiento a otro sin respetar si el concepto en cuestión guarda coherencia

---

¹ Para seguir adecuadamente la comprensión del texto se recomienda hacer, a modo de ejercicio, los movimientos mentales que se mencionan, por ejplo., imaginar lo que se indica, focalizar, ampliar la mirada, desenfocar, etc.

² A primera vista, el término “humano” no necesita aclaraciones, pero sus significados son diversos según lo defina la biología, la psicología, la antropología, la teología, etc. Adhiero a la concepción del Nuevo Humanismo: “la naturaleza del hombre es... su historia social” (Habla Silo, Ed. Magenta, p. 217, Visión actual...), “al ser humano se lo debe definir como histórico y con un modo de acción social capaz de transformar al mundo y a su propia naturaleza”(Documento Humanista, III). Sintetizando, lo humano es, en sí mismo, cambio, transformación, la antítesis de la fijeza, de lo “material” concreto. Situando lo humano en el contexto global, la transformación aparece como su esencia (función). La transformación del mundo y de sí mismo, retroalimenta lo humano, liberándolo de sus condiciones de existencia, reforzando la conciencia temporal y con ella una suerte de entidad que se va diferenciando respecto del medio y, simultáneamente, participando de una suerte de entidad mayor a cuyo desarrollo sirve.

³ En tanto entidad mayor, no concibo la Humanidad como una especie biológica borrosamente diferenciada de las especies animales, si bien lo corporal ha tenido preeminencia a lo largo de la historia, a través de un programa biológico que pone a la supervivencia y la reproducción como principios organizadores de la vida. Esto determina en el individuo humano una mirada primariamente orientada hacia las cosas, estructurada por una actitud posesiva y estática que concommita con un punto de vista externo.

⁴ Por niveles conceptuales entiendo los conocidos de cualquier clasificación, que se escalonan (de abajo hacia arriba, en progresión abstractiva) como individuo, especie, género, sumo género o universal. Por ej., “perro” es un concepto que comprende todos los perros conocidos y que pueda conocer, pero “ovejero”, si bien remite tácitamente a “perro”, excluye todos los demás perros que no sean ovejeros; “perro” subsume dentro de su ámbito a “ovejero” y es subsumido, a su vez, por “animal”. Si pensamos en mosquito o en pez, tendremos que “animal” también los comprende. Empíricamente sabemos que no son iguales a los perros aunque sean animales y necesitamos la mediación de la Lógica que nos permita aclarar, ya que perro, mosquito o pez pueden tomarse como ejemplares individuales, pero para ello se necesita conceptos más específicos: ovejero, anopheles y atún, por caso. Y, a su vez, los conceptos de vertebrados e invertebrados, ovíparos y vivíparos, van a aportar los ámbitos que delimitan las regiones de pertenencia de cada uno de esos conceptos. Teniendo presente este marco conceptual con sus niveles y regiones, las correspondencias indicarán similitud en los rangos o niveles conceptuales, o disimilitud. Al buscar nexos entre conceptos de distinto ámbito o región de lo fenoménico, es necesario tener en cuenta el emplazamiento de cada concepto dentro de su marco conceptual, o sea, qué lugar ocupa, porque no es posible establecer relaciones entre anopheles y perro, ya que son de distinto nivel, o entre buey y lechuga, sin aclarar antes o respetar la relación entre los distintas regiones que los comprenden (animal y vegetal) con el peso que cada una tiene en cuanto a características.

⁵ Watzlawick, Weakland y Fisch (en “Cambio”, Ed. Herder, p. 30) apuntan dos notas básicas respecto de la coherencia lógica en el trabajo teórico: “a) los niveles lógicos deben ser estrictamente separados a fin de evitar paradojas y confusiones, y b) pasar de un nivel al inmediatamente superior (es decir: de un miembro a una clase) impone una mudanza o variación, un salto, una discontinuidad o transformación, es decir, un cambio de la mayor importancia teórica y... también práctica, ya que proporciona un camino que conduce *fuera* de un sistema”.

con el contexto en que se aplica. Paralela a ello se da la pretensión de explicar fenómenos de un nivel conceptos de otro nivel de organización, mediante reduccionismos que, además de no dar razón del fenómeno, lo anula, al reducir el nivel que le es propio a un nivel inferior, como sucede, por caso, con la neurofisiología al explicar el fenómeno de la conciencia como actividad cerebral y las explicaciones basadas en la cuántica que han ganado tanta difusión.

Por medio de los conceptos también intento tender puentes entre la visión del mundo y la experiencia individual, entre lo perceptible cotidianamente y lo imperceptible (macro o microcósmico o, si se prefiere, sistémico o cuántico).

Desde este punto de vista los conceptos de Universo, Vida y Humanidad se corresponden: por un lado, como ámbitos mayores de proceso en distintos niveles de fenómeno: todo, lo vivo y lo humano, respectivamente, y por tanto, se relacionan entre sí como sumos géneros de cada ámbito.

Por otro lado, si tomamos como eje organizador el fenómeno de complejidad-conciencia<sup>6</sup> como lo llamara Teilhard de Chardin o de autoorganización como lo denomina la moderna visión sistémica<sup>7</sup>, tenemos que lo que parece propio y exclusivo de lo humano, la Conciencia, ya estaría actuando en el origen, el big-bang según el modelo aceptado actualmente. Esa conciencia originaria estaría actuando como principio organizador que rige la Evolución de la Materia y parece coincidir con la Mente de la mitología hindú.

Y dado que Universo, Vida y Humanidad son géneros que abarcan la multiplicidad fenoménica en distintos niveles, eso que sería el universal absoluto, ¿no sería la Conciencia?

Humanidad se diferencia de los otros conceptos y mantiene su univocidad, ya que no parece que pueda llamarse humano al puré cósmico. Por tanto, Universo, Vida y Humanidad podrían ser tres aspectos de lo universal, **referidos a distintos momentos de su proceso**. Por lo que no se trata de tres conceptos de igual nivel en cuanto a los fenómenos que comprenden, sino que uno resulta abarcativo de los demás: Universo a Vida y Humanidad; a su vez, Vida contiene a Humanidad. Son tres conceptos que abarcan distintas regiones de manifestación fenoménica (la materia inerte, la materia viva, lo conciente), que se corresponden con distintos estadios evolutivos que tienen, además, manifestaciones localizadas: Universo abarca todo, mientras que Vida y Humanidad se encuentran localizadas en nuestro planeta, por ahora, si bien ya han aparecido señales que indicarían que la Vida no es exclusiva de nuestro planeta.

Hay dos conceptos más que interesan: Cultura y Ética. En tanto relativos a la acción humana, no pueden relacionarse lógicamente salvo con Humanidad; Ética, a su vez, pertenece a la esfera de Cultura. De modo que el concepto que los comprende es el de Humanidad. Desde el punto de vista vivencial, **lo humano es el momento en que se actualizan la Humanidad, la Cultura y la Ética**, en que cobran realidad.

La información que corresponde a los conceptos considerados proviene de distintas fuentes: de los campos de la Física y la Biología (ciencias duras) y de las Ciencias Sociales (blandas), con las diferentes conceptualizaciones y cargas de precisión en los datos que las fundan. Sabemos de las desinteligencias que hay entre los distintos sistemas conceptuales y la falta de un modelo unificado que nos brinde una visión coherente del mundo. Intento señalar una línea conceptual que permita la unificación y que, además, sobrepase el límite de la conceptualización científica especializada para poder brindar las líneas generales de un modelo que resulte masivamente accesible. Buscar una línea conceptual que conecte las diferentes regiones de lo conocido, implica buscar algún elemento de ese campo que nos permita unificar la visión. Con ese fin, trataré de asumir el punto de vista del sentido común, de lo que resulta verificable y creíble desde el punto de vista del lego.

De modo que veamos, desde un punto de vista externo<sup>8</sup>, cómo es esto de la Humanidad.

---

<sup>6</sup> Teilhard formula para la Evolución la Ley de Complejidad-Conciencia que propone que a medida que aumenta la complejidad en la organización de la materia (lo externo) se desarrolla proporcionalmente la conciencia (lo interno), estableciendo ésta como género que abarcaría la interioridad de todas las manifestaciones de la Vida, entre las cuales nuestra conciencia es una especie, si bien evolutivamente más desarrollada (cfr. "El Fenómeno Humano", Ed. Taurus, Madrid).

<sup>7</sup> ver Edgar Morin, "La Méthode. 1. La Vie de la Vie", Ed. Flammarion, y Hubert Reeves, "El sentido del universo", Ed. Emecé.

<sup>8</sup> La mirada, el modo de considerar las cosas puede ser diferenciado en dos grandes tipos: el punto de vista interno y el externo. El punto de vista externo considera las cosas como vistas desde afuera, desde su apariencia externa, por tanto es comparativo, busca regularidades, similitudes y diferencias, para fijar normas, explica las cosas normalmente como causas y efectos, es interpretativo, considera lo singular desde la norma, lo general, sirve para construir modelos o establecer gráficos de referencia. El punto de vista interno considera la experiencia interna del observador, su vivencia, es comprensivo, busca el sentido y lo sentido de las cosas, describe, se atiene a lo que ve, a lo que se percibe, considera lo singular desde sí mismo y deja de lado lo normativo.

## *Somos el Universo*

Vimos que Humanidad es un concepto que se corresponde con Universo, es más, es un aspecto de él que manifiesta la Conciencia. Desde el punto de vista de lo manifestado<sup>9</sup> Universo es Materia; y la Física nos enseña que la Materia es Energía<sup>10</sup>, por tanto, Humanidad es Energía.

Esto parece simplemente lógico. Sin embargo, difícilmente nos pensamos en estos términos. Desde el punto de vista cotidiano es como si el Universo que se expande a los ojos de los físicos -cuya Materia muestra, cada vez más, elementos compositivos de una pequeñez difícilmente concebible- fuera algo distinto de esto que somos nosotros, observadores de sus manifestaciones desde este casquete perdido en uno de los sistemas solares de una de sus galaxias.

Pero gracias a esos análisis compositivos de la Materia, sabemos que todo en el Universo es energía organizada y que, a su vez, hay energía “suelta”, desorganizada, que pervade todo, incorporándose a procesos y desincorporándose, en ese “bucle tetralógico” que Morin<sup>11</sup> describe como desorganización-interacciones-organización-orden-desorganización, a partir de la reformulación de la segunda ley de la termodinámica: la energía que se pierde entrópicamente, no se pierde, sino que se recupera o incorpora a otros procesos de organización.

La Física nos enseña que hay distintos niveles de organización de la energía: moleculares, atómicos, sub- atómicos, atendiendo a la composición de los cuerpos celestes que se organizan a su vez, en los sistemas solares, las galaxias, nuestro universo y, ahora, los universos... (¿hay más todavía?). Y esa organización se da por medio de la interacción de las fuerzas<sup>12</sup> elementales que sirven de soporte a la manifestación de lo singular, mediante la organización de campos magnéticos. Así, existen campos atómicos, moleculares, etc., pasibles de ser aislados teóricamente, ya que integran los campos de lo singular manifestado: de los cuerpos celestes y las unidades que manifiestan otros niveles de organización, como la Vida (vegetales, animales, etc.).

Así como existen campos para cada cuerpo celeste, se puede hablar de un campo global para todo lo manifestado, dentro del cual los campos de niveles inferiores sirven como redes de sostén de los campos más evolucionados<sup>13</sup>.

El Universo es uno *como unidad de proceso* (aún cuando hubiera varios universos, compondrían una totalidad) y, como unidad *totaliza*, comprendiendo en su ámbito de influencia a todo lo manifestado que, por distinto en sus manifestaciones, configura la diversidad. Y esa diversidad manifestada a nuestra percepción (incluyendo la percepción científica especializada por medio de sus instrumentos) lo es, en tanto multiplicidad de singularidades<sup>14</sup>.

Nuestro Universo es uno y múltiple: múltiple en universos posibles, en galaxias, en sistemas solares, en cuerpos celestes, en manifestaciones de la Vida. Sistemas que contienen sistemas, conceptualmente, pero a nuestro alrededor no percibimos más que singularidades. Pero aquéllos son ámbitos mayores y, por tanto, determinantes de los procesos que se dan dentro de ellos y, a su vez, pueden ser tomados como unidades en el nivel organizativo que les corresponde.

La Física enseña que desde el principio fueron partículas las que conformaron el puré cósmico, cuya individualidad es sólo concebible<sup>15</sup>, ya que la uniformidad de su comportamiento, la ausencia de

---

<sup>9</sup> Lo manifestado es lo que se ve, lo que aparece, lo que se manifiesta a la percepción externa.

<sup>10</sup> Timothy Ferris, “The Whole She-bang”, 4, Simon & Schuster, 1997; Stephen Hawking, “La Historia del Tiempo”, H. Reeves, op. cit.; Paul Davies, “Superfuerza”, Biblioteca Científica Salvat.

<sup>11</sup> En el estado de desorganización surgen interacciones que generan una organización que consolida un orden, y éste, al decaer, genera una nueva desorganización, repitiendo el proceso. (Morin, op. cit., 1ª. parte, I, II, D, p. 56, y III, p. 58).

<sup>12</sup> Las fuerzas son la gravitatoria, la electromagnética, y las nucleares fuerte y débil (Stephen Hawking, op. cit., p. 101/7, Paul Davies, op. cit.).

<sup>13</sup> Quizás exista alguna correspondencia entre la cadena de estas redes ocultas (por ahora) y la conocida como cadena trófica o cadena alimentaria, cuyo origen es, en definitiva, la energía solar.

<sup>14</sup> Utilizo el término no en el sentido que lo usa Hawking (para designar un fenómeno único como el big-bang, v. op. cit.) sino para designar lo que se muestra como unitario en la percepción, como comúnmente entendemos lo singular, como individual.

<sup>15</sup> La verificación de las condiciones de organización no perceptibles de la materia concreta, se da indirectamente, a través de aparatos y experimentos de laboratorio cuyos resultados se construyen analíticamente, de modo que las partículas son entes apenas conceptuales.

diferencias, las reducía a una única entidad manifestada, pero sirvieron para conformar, mediante la acción de las fuerzas elementales, distintos niveles de integración sobre los que progresivamente se organizaron los cuerpos que se diferenciaron en su manifestación dando lugar a lo singular.

Esa totalidad única que es el Universo, se nos presenta diversa en su manifestación a través de la multiplicidad de singularidades que, a su vez, están compuestas por partículas diversas de un nivel inferior que se conciben unitarias en ese nivel, para mostrarse compuestas, a su vez, por niveles inferiores, y así hasta llegar a los niveles cuánticos.

Claro que **la única unidad “concreta” es la perceptible**, ya que la unidad de los sistemas mayores que abarcan los fenómenos manifestados y la de las partículas que los componen, sólo es concebible a través del análisis. Los cuerpos celestes están compuestos por elementos físico-químicos que pueden descomponerse en átomos y éstos, a su vez, en partículas de niveles sucesivamente inferiores. A la inversa, estas partículas se organizan en niveles cada vez más complejos hasta llegar a lo manifestado, lo perceptual que, a nivel astronómico, son los cuerpos celestes, y a partir de ahí se puede ir concibiendo niveles mayores de organización: los sistemas solares, las galaxias, los universos.

Desde el punto de vista del acto de concebir, nuestra visión focalizadora<sup>16</sup> desatiende rápidamente la diversidad, que da vértigo con su multiplicidad y su discontinuidad, para buscar la tranquilidad que brinda el continuo de la unidad. ¿Acaso abarcamos con nuestra mirada todo el firmamento en una noche estrellada? ¿o saltamos de luminaria en luminaria, deteniéndonos en una y en otra? apenas percibiendo las constelaciones y las nebulosas que ocupan pequeños sectores del campo que se ofrece a nuestra visión.

Del mismo modo concebimos el mundo subatómico, hablamos de “el” átomo, como si tuviera manifestación individual y no colectiva, y nos resulta dificultoso concebir ese conjunto colectivo en acción. El átomo está integrado por partículas de cargas eléctricas diferenciadas, cuya unidad depende de las condiciones del medio. Su existencia no es independiente sino una construcción analítica a partir de los experimentos de laboratorio, ya que su existencia concreta se da en los elementos que componen molecularmente, la materia conocida. Son “partes” de esos elementos.

Es cuestión de atender al término “partículas” que significa “pequeñas partes” o “partes de partes”, lo que ya está indicando que hay un “todo” unitario que integran, y que no es otra cosa que la materia perceptible, aquella que nos rodea cotidianamente y que ya Demócrito concibiera como compuesta por pequeños ladrillos cuando formuló su teoría del átomo.

Esas partículas tienen un comportamiento uniforme impuesto por las fuerzas organizadoras, por eso la regularidad se impone sobre su teórica separatividad, anulando la individualidad: son esencialmente iguales, en ese nivel de organización no existe la diferencia.

Recién en los niveles de la materia que llamamos concreta (ya sea en estado líquido, sólido o gaseoso), existe la diferencia perceptual que produce lo singular, aunque puedan anotarse regularidades de comportamiento que fundan nuevas igualdades y la concepción de su ser parte de sistemas mayores.

Para poder comprender este punto vayamos a los registros, tratemos de recordar nuestra experiencia cuando nos encontramos frente a una multitud. Recuperemos la imagen de una multitud y veamos qué nos pasa: la mirada salta de uno en otro, atraída por las diferencias que plantean las apariencias, o va deliberadamente de uno a otro y resalta las diferencias que va notando.

Ahora bien, desenfoquemos la mirada sobre esa imagen de la multitud y podremos abarcar el conjunto: podemos anotar que todos hablan, caminan, están vestidos, etc., por sobre las diferencias que advertimos en el modo de hacerlo, podemos destacar lo que todos hacen. Las regularidades no son perceptibles a simple vista porque uno atiende al color, diseño o tipo de ropa de la gente, pero no al hecho de que está vestida, porque todos están vestidos. Uno se fija en qué comen, pero no en el hecho de comer porque todos comen. Pese a que percibimos que todos están vestidos, como en el paisaje se presentan vestidos y nadie desnudo, es como si no se percibiera que están vestidos y hay que imaginárselos desnudos para darse cuenta de que están vestidos. Las regularidades, las notas comunes, no son menos concretas que las diferencias, por ser imperceptibles. Por tanto, atender a lo común, a lo regular, es ya un paso de abstracción. Dejamos lo diferente y atendemos lo uniforme.

Siguiendo el hilo de esas regularidades, en un nuevo paso de abstracción, esos comportamientos se

---

<sup>16</sup> La mirada que estructura la conciencia espontáneamente focaliza, se centra atencionalmente en un foco que se desplaza por el campo de presencia, en un mecanismo del cual sólo puede liberarse por las ampliaciones o desenfoques que opere el sujeto mediante un trabajo intencionado. A partir de las unidades de sentido, configuradas por la dación de sentido que opera la conciencia, se concibe lo singular sobre la base de las diferencias o discontinuos perceptuales. De ahí que la concepción de sistemas sea una tarea abstracta, una construcción intelectual a partir de datos perceptuales, pero no perceptibles por sí mismos en niveles que superan lo perceptual. A su vez, los sistemas que percibimos como singularidades se descomponen, en niveles inferiores, en elementos imperceptibles.

reducen a unos pocos, comunes a todos, que se canalizan casi sólo a través del trabajo y la reproducción (nutrición, vivienda, educación, entretenimiento, se consiguen a través del trabajo y son trabajo para muchos), cumplen básicamente con el imperativo de supervivencia, de conservación de la especie, una manifestación proporcionada a lo social, del principio de inercia que rige la materia: desde el big-bang la materia tiende al equilibrio que es lo que la distingue, sin equilibrio no habría estabilidad y continuidad, no habría solidez y perdurabilidad en lo manifestado. Esa estabilidad se manifiesta en lo social a través de las rutinas cotidianas.

Esas rutinas cotidianas con sus comportamientos regulares nos hablan de una unidad mayor, la especie humana, que se nutre y reproduce, conservándose así, perdurando. Podemos advertir por las diferencias en los modos de desplegar esos comportamientos, subsistemas menores como los nacionales o regionales, pero no viene al caso.

De modo que estamos acostumbrados a percibir unidades que, como tales, nos ofrecen una continuidad perceptual, sin cortes ni sobresaltos. Sin ir más lejos, todo lo que percibimos a nuestro alrededor es unitario y diferente. Ahora bien, forcemos nuestro hábito perceptual y mantengamos la mirada en la representación de ese paisaje diverso; entonces, abstraemos la diversidad, concibiéndola como diversidad de individualidades, como pluralidad de individualidades diferentes. Sabemos que esas individualidades están integradas, cada una de ellas, por partículas imperceptibles que se encuentran diseminadas en estado de radiación por todo el continuo universal que llamamos Espacio.

Entonces, si simultáneamente representamos las manifestaciones individuales con su composición múltiple por niveles no perceptibles de organización, se puede aprehender la unidad del mundo subatómico que integra las individualidades. Si podemos representarnos esa unidad subatómica del mundo, podemos restaurar conceptualmente la continuidad del nivel de lo manifestado, que perceptualmente es interrumpida por la separación espacial propia del fenómeno de lo singular, en el nivel de lo perceptual.

Esto es, sabiendo que existe un continuo a nivel subatómico, mediante la representación sobreimprimimos esa visión del continuo, a la percepción de la discontinuidad que impone la multiplicidad de individuos y, así, podemos reconstruir imaginariamente la visión de lo Uno y lo Todo del Universo, a través de la mirada de lo Diverso.

El mundo imperceptible es la región de las fuerzas organizadoras: allí se establecen los vínculos que ligan a las partículas organizando las unidades mínimas sobre las que se construye el compuesto que conocemos como materia, un permanente movimiento de organización que crece en su complejidad tejiendo distintos niveles que conocemos como subatómicos, atómicos, moleculares, etc. Un movimiento constante e incesante de organización, desorganización y reorganización, que recompone el tejido universal, desarrollando nuevos niveles de manifestación.

Pero esto es **mirando desde afuera**. Porque aquí, estamos los humanos mirando hacia afuera, y mirándonos en el pizarrón donde hemos graficado la Evolución y sus distintos niveles de manifestación y allí nos ponemos en la escala más “alta”, como “lo más evolucionado”. Y nos adoramos. Mejor dicho, adoramos esa foto, ese gráfico, ese esquema. Pero lo grave es que nos creemos ese esquema y miramos el Universo, nuestro mundo, desde afuera.

Y al proyectar esa mirada externa sobre nosotros mismos, nos miramos mirando el Universo **como desde afuera**, como si el mundo y uno fueran cosas distintas. Sin percatarnos de lo evidente: nosotros estamos en el mundo y pertenecemos a él. Pero, menos evidentemente, **somos el mundo**.

La Humanidad es parte del Universo, por tanto **somos el Universo** y por más que queramos enajenarlo poniéndolo “ahí afuera” como “mundo”, no podemos excluirnos de él, no podemos dejar de estar dentro de él.

Por tanto, siendo tan individuo como un sol, un perro o un árbol, soy tan compuesto energético como ellos. Pero no puedo vivirme así porque me veo de otro modo. Esto es, me concibo distinto.

Sin embargo, lógicamente se advierte que si no soy menos individuo que cualquiera de las individualidades manifestadas e, incluso, que si una de mis propias denominaciones, la de individuo, alude directamente a mi singularidad, a mi singularidad esencial, debo admitir que desde el plano de lo no manifestado, **como toda singularidad pertenezco al continuo energético del Universo**.

### ***El presente: zona de fricción***

De modo que no soy tan indiviso como me creo, ni estoy tan solo como imagino y se adivina que soy más “colectivo” que lo que parece. Aquéllo que llamo común en mí por repetido, toma otro sentido si atiendo a que parece alentar una común unidad en mi propia intimidad, con todos mis semejantes y con todo lo manifestado.

Común unidad que parece haberse comprendido históricamente como Dios: aquéllo mayor a lo que

pertenezco, que me abarca, contiene y enmarca mi accionar con límites invisibles pero precisos.

Alegóricamente el concepto de Dios abarca Todo y comprende los universales que vimos: Universo, Vida, Humanidad. Dios es creador, es Mente, Conciencia, que son cosas distintas.

La mirada científica de nuestro siglo desvistió el paisaje dejando las singularidades al descubierto y Dios desapareció, permaneciendo sólo las leyes que gobiernan el sistema universal, como remanente racional de su función estructuradora.

Pero, curiosamente, Dios se manifestaba en mi corazón, según las concepciones religiosas clásicas, si bien no cejaban en emplazarlo en el afuera. Seguramente por temor a confundirlo con el cuerpo y sus "debilidades". Pobre cuerpo, zona de fricción universal.

Veamos, si soy singularidad y pertenezco al continuo energético del Universo en un nivel no manifestado y, por tanto, no perceptible ni para mí, resulta que soy singular para el afuera (para una mirada ajena) y, por dentro, me uno a la corriente energética del Todo. Por tanto, en una brutal reducción, el afuera del Universo se extiende ante mi mirada, pero **el adentro del Universo circula por mi interior**. Tan externo es el hábito de mi mirar, que estoy a punto de decir "también". Esto es, a mi "ojo", Universo es lo de afuera, lo percibo externamente en su manifestación plural diversificada en singularidades y, al concebir que mi interioridad es Universo, tiendo a decir que "también es Universo", como eso que está ahí afuera. Y no. No.

Desde este punto de vista, **lo interno es universal y lo externo, singular**. Por eso dicen que a Dios puedo acceder desde mi interior, desde "el fondo de mi corazón", es mi ruta de conexión con lo universal, con el Todo que me anima desde adentro, porque a él pertenezco inmediatamente.

Si soy Universo, mi piel, la superficie de mi cuerpo, es la superficie del Universo, en tanto separa el adentro del afuera: desde este punto de vista espacial, mi piel es el punto de fricción del Universo. Pero ¿fricción con qué? porque no es con el aire, precisamente, de acuerdo a este punto de vista.

Veamos por otro lado. Yo soy el punto actualmente en desarrollo por la Evolución, el "último modelo". Yo y todos mis congéneres, lo humano en general. Estos nosotros que, espacialmente, somos percibidos como individuos, como singularidades separadas, somos el ejemplar más logrado por la Evolución desde el punto de vista de la organización, somos los exponentes más altos de la auto-organización.

De modo que esa concepción más bien espacial de las singularidades tenemos que verla de otra manera, desde otra perspectiva. Porque resulta que **las singularidades, que pertenecemos al mundo de lo manifestado, somos simultáneamente**. Desde el punto de vista temporal, las singularidades **tenemos una comunidad de instante**. Somos al mismo tiempo. No importan aquí los tiempos relativos, podrán ser más veloces unos procesos que otros, pero participan de un instante en común. El despliegue temporal del Universo nos pone siempre en el plano del instante, **a cada instante estamos en el "último momento" de la historia del Universo**, a cada instante nos enfrentamos al vacío temporal del futuro (en imagen), y a cada instante dejamos un pasado concreto (en imagen) detrás nuestro: **en cada instante cabalgamos sobre la sensación que encarna las imágenes protentivas, al tiempo que se desencarnan las percepciones, al quedar lo percibido retenido por la conciencia**<sup>17</sup>. Analíticamente, tenemos que las protenciones, que podemos registrar fugazmente como expectativa, son imágenes que formalizan, modulan el flujo energético que llamamos comportamiento, modificándose en la interacción con el estado de situación (tanto externo como interno), y esa forma queda plasmada en las retenciones que pasan a convertirse en recuerdos.

¿Sobre qué eje se desarrolla la Evolución: tiempo o espacio? Creo que no pueden haber dudas, por lo que tenemos que dejar el espacio de lado y con él, la piel, que no hace más que separar dos espacios: el interno y el externo, diferencia que no es más que un problema de discontinuidad (separatividad) en lo percibido, planteado por la manifestación de lo singular.

**Si asumimos el tiempo como eje de la Evolución**, a cada instante que simultáneamente transcurrimos todas las singularidades manifestadas, nos enfrentamos a la Nada, de modo que **el Universo se autogenera a sí mismo**. Es como un inmenso organismo que pulsa a cada instante con ritmos precisos, mutando su apariencia, siempre igual en su acción, siempre distinto en su forma manifestada.

El espacio que abarca esa totalidad se nos vuelve inconcebible en su extensión, pero podemos

---

<sup>17</sup> Según explica la Fenomenología de Edmund Husserl, la estructura temporal de la conciencia es un entrecruzamiento constante del que resultan los "tiempos": mediante las protenciones la conciencia anticipa lo que viene instantes antes de que suceda mientras, simultáneamente, está reteniendo lo percibido, lo que está ocurriendo-ya ocurrido, que queda reverberando como imagen cuando ya está siendo de otra manera, siguiendo su curso la situación. En términos psicológicos tendríamos una imagen de futuro que se da simultáneamente con la percepción y la retención de lo ya percibido, algo así como una estructura simultánea de por-ser/siendo/ya-sido. Protenciones y retenciones "flotan" en la proximidad de la sensación, que las contamina. La sensación es el ancla del presente, aún cuando sea estimulada por imágenes de futuro o recuerdos, siempre se siente en presente; aún cuando actualice sensaciones pasadas, el ponerlas en acto, al actualizarlas, las hace presente. Por eso planteo la analogía de la sensación con la "carne", lo concreto, para diferenciarla de las puras imágenes de futuro y de pasado.

aprehenderla desde la pura sensación del instante, desprovistos de imágenes de futuro (de expectativas) y de pasado (de recuerdos). Desenfocando la percepción, desconectando lo distinto que se ofrece a mi mirada, compruebo que no es distinto por discontinuo sino que, desde la mirada ampliada sobre el campo perceptible, éste es un continuo de formas distintas que me ofrece distintos aspectos de ese Ser que me abarca y pulsa “también” dentro mío.

Pero si me instalo en el instante, estoy solo y **únicamente yo pulso y el Universo sólo a través mío**. Perceptualmente, las formas externas se vacían de contenido frente a la intensidad de mi sensación. Inicialmente, sólo mediante un esfuerzo conceptual puedo reconocer que también lo Otro pulsa simultáneamente para encontrarnos inmediatamente en la pulsación común, universal.

Así, mi existencia se sitúa en un plano distinto: desencarna lo espacial y asumiendo lo temporal como la propia dimensión exclusiva de la existencia, a la que sirve lo espacial, **la zona de fricción se presenta entre lo pasado y lo futuro**, entre lo que fue y lo que puede ser, y nos desafía a aguzar la percepción y captar por dónde pasa la Historia, por dónde tiende a avanzar la Vida, por donde busca el Universo sus próximas configuraciones.

Si recorremos el espacio cotidiano, la representación visual que nos podemos hacer de la Humanidad ofrece un plano de circuito cerrado sobre sí, todos y cada uno moviéndonos en el espacio, enfrentando cosas espaciales, corriendo sobre el plano, la superficie del planeta. La representación de lo real es todo lo contrario, **cada uno de nosotros enfrenta el Vacío, lo Desconocido, el Futuro, a cada instante y ese estar de cara al Futuro es lo actual**, lo eternamente actual, universalmente compartido por todos los miembros de la especie humana, aunque no seamos conscientes de ello. Podríamos, por ejemplo, representarnos como caras distribuidas sobre una esfera que se expande a partir de nuestra acción, hacia el Vacío, convirtiendo lo Desconocido en Conocido, el Futuro en Pasado, el Vacío en Espacio. Pero eso que ya fue convertido, ya no es, porque lo único que es, en cada instante, instante tras instante, ese estar-de-cara-a.

Así, somos células de un organismo inconmensurable que no vive en términos de espacio, que se desarrolla a través nuestro, a pesar nuestro o con nuestra colaboración.

### ***Los campos organizadores de la energía***

Desde este punto de vista, **lo humano es el momento de manifestación del adentro de lo manifestado en el proceso de Evolución universal**. Es el punto de unión de la totalidad con la singularidad. Lo universal interno se manifiesta a través de singularidades, y en la escala evolutiva, lo humano es el presente, el punto activo de esa Evolución durante la cual lo interno universal se manifiesta a través de singularidades (nosotros) capaces de concebir la globalidad para transformarla<sup>18</sup>, así, el Universo se concibe y transforma a sí mismo a través de lo humano.

Así, se hace difícil sostener los ideologemas que encandilaron a nuestros predecesores y apresaron a la Humanidad en redes invisibles, anudadas en su propia esencia: la creencia<sup>19</sup>. **Si queremos ser fieles al pulso universal, tenemos que sentirlo**, no podemos velarlo con imágenes prefabricadas. Pacientemente tenemos que atender a las imágenes que broten espontáneamente como traducción de sus impulsos, que podrán presentarse como mandatos de acción, matrices para la transformación del mundo que fluye delante de nuestra mirada, que se ofrece a nuestras manos para que lo moldeemos por el tiempo que deba durar la forma que imprimimos hasta que una nueva forma impulsada desde el “más acá” la transfigure generando una nueva, más apta para el curso del Universo.

Esta concepción de lo humano resulta distinta de la materialista, vigente desde siempre. Porque aún cuando el idealismo haya reivindicado cierta imagen de lo humano, estaba hecha a imagen y semejanza del molde perceptual, esto es, con imágenes de lo material. Y resulta, por supuesto, contradictoria con la propiamente materialista que, frecuentemente, queda presa en las redes concupiscentes de su pensador, entendida la concupiscencia como apetito compulsivo por lo mundano.

Una cosa es la “materia” y otra muy distinta su percepción. Los materialistas clásicos han limitado

---

<sup>18</sup> Esta formulación de un continuo entre el adentro y el afuera, lo universal y lo singular, seguramente recordará las correspondencias herméticas sobre la igualdad entre adentro y afuera, arriba y abajo, etc., (Hermes Trimegisto, Tres Tratados, Ed. Aguilar). Ese continuo podría reconocerse alegóricamente en la cinta de Moebius

<sup>19</sup> La creencia cumple con la función de reproducir el mundo en imagen y brindar la certeza que moviliza la acción, en su aspecto más mecánico. De espaldas a la puerta, yo creo que está detrás en este momento aunque no la veo, por dar un ejemplo grosero. Pero porque creo que está allí, puedo caminar hacia atrás en su busca. Igual sucede con creencias menos verificables en lo inmediato pero que sostienen mi comportamiento en el tiempo (a fin de mes cobraré mi sueldo, mi pareja seguirá conmigo el año que viene, mis hijos crecerán sanos y fuertes, estaré vivo mañana, etc.), y también con las que tenemos por creencias, como la existencia o no de dios, la justicia de un sistema político-económico

el concepto de materia a la concreta perceptible y a ella siguen aferrados los modernos, omitiendo incorporar los datos aportados por la Física contemporánea. **La materia concreta es mera apariencia de materia, un fenómeno de resistencia al tacto generado por un nivel de organización de la energía**<sup>20</sup> o, lo que es lo mismo, **la materia concreta es tal porque es perceptible**, pasible de ser registrada por el tacto. O sea que lo concreto es sensación<sup>21</sup>.

Cae así uno de los dos grandes mitos filosóficos: la Materia, fenomenológicamente reducida a sensación. En cuanto a la Idea, su existencia no se verifica con independencia de la experiencia humana, de modo que forma parte del sistema de imagen que constituye nuestra esencia –función-<sup>22</sup> y así, las ideas que fundaron las dos líneas históricamente antitéticas en Filosofía, Idea y Materia son, en su existencia verificable, dos fenómenos de conciencia que sirven a la organización de nuestra visión del mundo.

Podemos reducir los componentes de nuestra actividad psicológica, a imágenes y sensaciones<sup>23</sup>: las imágenes aparecen como etéreas, sin peso, inmateriales, pero con brillo<sup>24</sup>, mientras que las sensaciones aparecen como concretas, se sienten, con más o menos peso pero transparentes, no se “ven”. Y podemos, en un análisis último, llegar a la conclusión de que lo que existe es un elemento mínimo imagen/sensación, a veces más formalizado y “visualizable”, otras menos, más “sensible”.

Más adecuadamente, tendríamos que hablar de una materia que tiene ese doble comportamiento de imagen y sensación y se presenta como un continuo delimitado por el cuerpo, cuyos límites coinciden aproximadamente con los de él y que, según sea la zona de estimulación corporal, produce distintas manifestaciones localizadas, con lo que parecería que las sensaciones están separadas, cuando en realidad **la sensibilidad es un continuo delimitado por el mundo**, por la materia más densa que percibe por fuera de sí.

Y, por otro lado, la sensibilidad se encuentra en permanente movimiento interno, estimulada por impulsos que le llegan desde los límites del cuerpo a través de los sentidos externos, y desde dentro de él (por sentidos internos), cuyo origen será muchas veces el intracuerpo, pero otras, no puedo pensar en adjudicarlos a otra cosa que no sea esa conexión con el Universo, a través de los campos incluidos en él: galácticos, solares, planetarios.

Por derivación lógica, entonces, si todo es energía y ésta se organiza en campos individuales, **cada ser humano es un campo energético**. Ese campo tendría su manifestación en el cuerpo y estaría estructurado por la memoria, y así, estaría conectado con el mundo perceptible por un lado y, por otro, con el imperceptible.

Ese campo tiene un principio de unidad en la memoria corporal<sup>25</sup> y, si es el soporte energético de la conciencia, dado que ésta puede ampliarse estructurando una nueva visión más amplia y profunda (en el sentido de abarcativa de sí misma), es posible afirmar que ese campo la acompaña en su evolución alcanzando nuevos niveles de cohesión que se corresponden con nuevos niveles de ideación, siguiendo como hilo conductor la estructura mínima imagen/sensación.

La acción de estos campos humanos singulares en el mundo manifestado tiene sus peculiaridades que los diferencian, pero también elementos comunes que son incorporados mediante la socialización, generando comportamientos comunes que, ya hemos anotado antes, con la repetición van configurando la idea de regularidad que permite adivinar una suerte de campo común que configura una imagen de la

---

<sup>20</sup> “Lo que se siente sólido en la tabla de una mesa es que los campos electromagnéticos establecidos por los átomos en la tabla repelen campos similares en su puño.” Timothy Ferris, “The Whole She-bang”, p. 108, Simon & Schuster, 1997

<sup>21</sup> Me refiero exclusivamente al tacto porque éste nos da la contundencia de lo concreto. Por supuesto que lo material se manifiesta también a través de los otros sentidos externos. Estos son, además, especializaciones evolutivas del tacto primigenio.

<sup>22</sup> La etérea y abstracta “esencia”, tan aparentemente inasible corresponde a una función: lo que es, funciona, lo que define el ser de algo, es la función que cumple para un nivel superior de ser. Así la función de lo humano, lo es de la Vida. Y ésta, del Universo.

<sup>23</sup> La conciencia es básicamente imaginante. Al coordinar la traducción de impulsos provenientes de sentidos, memoria y de sí misma, conciencia genera imágenes, entendiendo la imagen como “imago”, réplica de la fuente de estimulación que genera los impulsos traducidos. Esa imagen traduce sensaciones o percepciones, por lo que directa o indirectamente, resulta del trabajo de sentidos y eso hace la diferencia entre las imágenes, ya que las hay visuales, auditivas, olfativas, gustativas y táctiles, y también de sentidos internos. (cfr. las voces correspondientes en el vocabulario de Autoliberación, Luis Ammann).

<sup>24</sup> El brillo de una imagen es lo que le da nitidez, definición, y luminosidad, a sus contenidos.

<sup>25</sup> Esta “memoria” o “plan del cuerpo” no es nada abstracto, es la información genética.



Humanidad como sujeto de la Historia. Esas regularidades pueden ser advertidas en los ciclos de desarrollo y caída de las civilizaciones, en las formas de organización social y otras pautas que se repiten entre pueblos sin conexión geográfica conocida.

### ***La conciencia: el telar de la realidad universal***<sup>26</sup>

Si tomamos la Vida como un proceso generador de campos y la Humanidad como su campo más avanzado, lo que se encuentra en juego en este punto es la Conciencia, mecánicamente lanzada hacia lo externo, prendida al mundo en su transformación, pero, en esa dirección espontánea hacia lo externo, inadvertida de sí misma, por tanto, actúa como una suerte de cinta transportadora, como un canal por el que se vierte hacia el exterior la energía que proviene desde el interior<sup>27</sup> generando y regenerando esa superficie de contacto que llamamos mundo.

Esa conciencia esclava está determinada por el medio que la rodea y sus condiciones internas, en un nivel de reflejo especular, esto es, está ocupada en replicar al medio y responder a sus estímulos, en adaptarse a él para sobrevivir y transformarlo en función de esta necesidad. En suma, condicionada por el cuerpo y sus circunstancias.

**Pero en esa fricción entre el cuerpo y el medio se produce el caer en cuenta la conciencia de sí misma**, que puede ir consolidándose como una progresiva conciencia de sí que, en primer lugar determina el trabajo de la conciencia en el nivel de vigilia<sup>28</sup>, limpiando el camino para nuevos pasos de desarrollo.

**Hoy rondamos evolutivamente el umbral de la autoconciencia** que permita a lo humano consolidarse en el mundo como tal, desplegando su potencial, aún dormido.

La conciencia trabaja “tracción a imagen”, esto es, permanentemente está configurando imágenes a partir de los impulsos que recibe del medio externo y del interno. Esa re-presentación del medio mueve la respuesta, activa el circuito para que dé la respuesta que corresponda (o no, eso depende). Pero si, en términos generales, el estímulo genera tensión interna, se dispara una respuesta que produce una descarga de esa tensión, aliviando el medio interno.

Concibiendo un circuito más complejo, puede introducirse un momento intermedio en el que “en pantalla” el sujeto considera qué modificaciones puede introducir en su medio. Esas imágenes configuran una réplica del medio con un “plus”, su posibilidad de cambio, y en un momento tres “decide” ponerse en acción para concretarlas.

Todo esto implica energía que se dispara hacia el medio externo como acción y que se aplica sobre él bajo un diseño persiguiendo, incluso, una forma a imprimir en la organización del medio.

Así, **la conciencia va organizando el mundo que la rodea**. Es como si fuera una aguja que tiene enhebrado un hilo invisible, energético, con el que va tejiendo la trama de su entorno de una manera concreta o imperceptible, según sea el nivel sobre el que se aplique: material o humano.

**Las imágenes se organizan en paisajes que constituyen la visión del sujeto y proveen la estructura básica de creencias que lo orientan en el mundo**. Pero siempre está tejiendo, aún cuando sea en repetición eterna de lo mismo, lo que llamamos rutina<sup>29</sup>.

Hay un mecanismo mínimo que funciona a cada momento en cada conciencia humana: constantemente disparamos nuestras intenciones, más o menos estables, más o menos constantes, más o menos precisas las imágenes que las orientan, pero constantemente estamos tendidos hacia el medio, pensando acerca de lo que nos rodea, sintiendo, queriendo, lanzando intenciones.

Ahora amplíemos la lente: **cada ser humano es una conciencia que teje la trama de la realidad**.

---

<sup>26</sup> La alegoría del telar la tomo de la comparación que Sir Charles Sherrington hace del cerebro con un telar mágico (citado por Robert Jastrow en el Prefacio de “El telar mágico”, Bibl. Cient. Salvat, texto que es un paradigma del reduccionismo).

<sup>27</sup> No se trata aquí de teorías esotéricas sino que, por un lado, está la energía generada vegetativamente por el cuerpo, pero hay que tener en cuenta que a todo nuestro alrededor y a través nuestro, hay energía irradiada por el Sol, cuya manifestación más concreta es el viento solar. Aunque seguramente las nociones del maná, del prana o el ki, tendrán que ver con esas realidades “ocultas” que la Física nos devela.

<sup>28</sup> La conciencia despliega su trabajo en distintos niveles: sueño, semisueño y vigilia, que se diferencian por la menor o mayor conexión con el mundo externo y la menor o mayor disponibilidad para las operaciones racionales (cfr. Autoliberación, L. Ammann, Vocabulario, Conciencia, niveles de), por lo que se postula que puede haber niveles más altos de trabajo que los conocidos habitualmente.

<sup>29</sup> Después del impulso inicial el Universo continuó en un movimiento constante, a una determinada velocidad, y también genera fenómenos de interacción compensada que permite la estabilidad de las formas manifestadas. En términos generales, esta es la inercia de la materia. Podemos considerar que la rutina humana es proporcionalmente lo mismo que la dinámica inercial, que es una actividad de conservación que perdió el impulso de cambio necesario para romper el equilibrio estable.

Pero lo hace con otras conciencias que lo rodean. Y todas esas conciencias, como todas las que se extienden a lo largo de la faz del planeta, están tejiendo la trama de la realidad.

Y todas esas conciencias, en su fricción con el medio van produciendo una caída en cuenta que a veces se va consolidando, otras se pierde, modificando el estado de organización interno de ese campo que soporta energéticamente a la conciencia, concentrándolo cada vez más o dispersándolo.

Si la línea evolutiva de progreso es hacia la autoorganización, se puede proyectar como paso siguiente la consolidación interna de esa autoorganización y una conciencia que le corresponda, la conciencia de sí, la conciencia de ser conciencia, de ser algo distinto de este cuerpo con el que estamos esencialmente imbricados, entendiendo lo esencial como funcional.

**La Humanidad es el conjunto de miles de millones de conciencias que tejen, generando una nueva trama en el Universo manifestado una nueva,** un nuevo nivel de organización ¿también de la materia-energía? Aún no tenemos evidencias.

Al tejer, esas conciencias topan con el medio. Su labor permanente es elaborar mejores imágenes del medio -más precisas y adecuadas- y tomar progresivamente conciencia de sí. Lo primero, en una función de adaptación al medio; lo segundo, en una función de adaptación a sí mismas porque, en esta tarea de tejer, los sujetos no gozan adecuadamente, se frustran por errar la elección de sus metas, por no alcanzarlas o por errar sus respuestas situacionales.

Por eso, los individuos sufren, y creen que el mundo los va a redimir del sufrimiento, como resultado de esa atadura de la conciencia a lo externo. Es la expectativa de que un objeto tras otro, cosas o personas, traiga la felicidad. Es la búsqueda del éxito que no es otra cosa que la salida<sup>30</sup> de la situación sufriente y, cuando se consigue externamente, sin resolución del conflicto interno, es provisoria porque la inercia lo actualiza internamente empujando al sujeto a la fuga, a perderse en el olvido de sí mismo a través de lo que sea, mediante la adicción, no sólo a las drogas o el alcohol, sino a cualquier cosa que lo alivie internamente mediante fuertes descargas o disipaciones de energía.

De modo que, vistos los logros tecnológicos que hemos alcanzado, ***el reto de la Conciencia actualmente es la adaptación interna, y la adaptación social en función de esa adaptación interna.***

Cotidianamente, y en relación al medio externo, esos campos energéticos singulares que somos los humanos, se encierran en su actividad con las cosas mientras sueñan con sus semejantes. Se ocupan de las cosas y, mientras tanto, sueñan cómo la felicidad les va a llegar de la mano de algún humano, o cómo la perdieron a manos de algún humano y “ya lo va a pagar”, hasta que se abra de nuevo a la esperanza de que algún humano la vuelva a traer. O desesperanzados, ya no esperan de otros la felicidad, pero los buscan para ser reconocidos, estar acompañados, etc.

Si bien los humanos dicen dedicarse a las cosas, en realidad están ocupados con sus semejantes, **todos y cada uno de nuestros actos tienen como blanco de nuestras consideraciones, de nuestro deseo, de nuestros sentimientos más reservados, a algún otro ser humano.**

Y, sin embargo, nada más retaceado que la relación abierta, franca, plenamente humana. Hemos constituido un paisaje humano que nos empuja cada vez más fuertemente los unos hacia los otros, y no hemos podido hacer otra cosa para evitar el choque de unos contra otros y, pese al aparente fracaso, no cejamos en esperar que suceda lo contrario.

Porque secretamente sabemos que **nuestro destino es tejer la trama de lo humano**, sumarnos como chispas al fuego sagrado de la Humanidad.

En función de esa necesidad se comprende la actualidad de la Ética, no como regulación externa de la conducta sino necesariamente como una Estética, como una modulación de la conducta en función de la sensibilidad. Y al mismo tiempo como modulación de la misma sensibilidad para poder adaptar la conducta, de modo que opere una orientación necesaria de la existencia para poder lograr la meta evolutiva de una progresiva autoconciencia y el mítico fruto prometido a la Humanidad desde tiempos remotos: la Felicidad.

### ***El reconocimiento de lo humano***

Alegóricamente, podemos “ver” el proceso vital como si fuera un haz luminoso-energético que parte del big-bang (para el Universo conocido), y recorre –constituyéndola- la entraña de la Materia hasta hacerse patente para una Conciencia que surge como observadora universal y configura con su mirada, el “afuera” de la Materia.

A partir de esa visión, la Humanidad es la formalización conceptual de esa energía que surge a borbotones a través de sus miembros, modulada por la sociedad que es, básicamente desde este punto de

---

<sup>30</sup> Del latín, exitus: participio pasivo de exire, ir desde, salir.

vista, normas que establecen el módulo personal mediante la imagen que de sí mismo se configura cada uno y cifra en sí los códigos de comportamiento, sintetizados en el emplazamiento en el mundo.

Intentemos captar esta dinámica: **el Universo se desarrolla en el tiempo como un adentro que va organizando la materia progresivamente**, complejificándola hasta generar la posibilidad de verse desde afuera, lo que comienza con la sensibilidad que se manifiesta desde los inicios de la Vida y, con la fricción tempoespacial, deviene en lo humano conciencia de lo posible primero, y luego, de sí misma.

Es como una correntada energética que desde un momento cero construye una interioridad cada vez más compleja que, finalmente, logra volver sobre sí misma, si bien lo hace mutando sus formas de manifestación para ello, logrando “salir” a una “superficie” que en la dimensión conocida, se concreta en nuestro planeta.

Allí transcurre la zona de fricción donde la energía circula “hacia fuera” generando la “realidad” para la Conciencia que la observa.

Podemos imaginar que nuestro planeta tiene una suerte de reverberación o corola como la que se produce en el Sol, y que es el “campo” resultante de la bullente Humanidad, una peculiar burbuja-paisaje dentro de la cual transcurre esa mirada que es lo humano, se constituye y despliega lo cultural, la actividad de cultivo del tiempo que llevan a cabo los hombres, cuya manifestación más evidente es “lo social”, que sólo existe a los ojos de quienes participan de ella y ejercen esa “mirada”.

Nuestras “instituciones” no existen para las estrellas ni para las hormigas que transcurren indiferentes a esa “realidad”; y aún también para quienes no comparten los códigos que cifra el idioma y fundan la realidad. De modo que **lo social sólo existe para quien participa de las pautas que lo estructuran**.

Y esas pautas son el módulo de la energía que “emerge” a través de cada uno en la zona de fricción, formalizando, regulando los comportamientos personales, modulando el flujo energético que constituye cada existencia.

Esas pautas son las normas habitualmente conocidas como morales y su vigencia depende de la adecuación a las necesidades que el flujo energético plantea para el desarrollo de un ámbito propicio que favorezca la continuación del proceso vital.

Cuando las condiciones generadas por el módulo ya no son útiles, el flujo lo desborda, buscando nuevas, o nuevos canales por donde verterse y continuar con la organización de la nueva trama del Universo.

Ese módulo se sintetiza en la imagen que cada uno tiene de sí mismo, que es un código de frenos y permisos para el despliegue de conductas, tradicionalmente denominado “*el yo*”, construcción por cierto peculiar y característica de nuestra especie, que sirve para la regulación y el intercambio social, pero puede también operar de freno al desarrollo de la Vida, en tanto ***se constituye como un fenómeno de superficie por su función relacional, opacando la visión de lo interno, donde habitan los modelos de posibles desarrollos para la Vida pero, esencialmente, su Fuerza***.

Este juego especular que resulta ser lo interpersonal, en el que los yoes se ven reflejados recíprocamente, se ve determinado por esta curiosa “entidad” y funda la vigencia universal y permanente del principio de comportamiento conocido como “la Regla de Oro”, que el Nuevo Humanismo formula como “Trata a los demás como quieres que te traten”.

La aplicación de este principio mayor pone en crisis la dinámica inercial que impone la imagen de sí, que busca recuperar mediante el control la estabilidad alterada por la relación con el mundo.

La Regla de Oro expone al sujeto a la inestabilidad, situándolo en el ámbito propio de la Vida al tiempo que instala una garantía para su preservación: al reconocer en el Otro un otro-como-yo, en términos de lo expuesto significa que **una manifestación del Adentro universal reconoce que otra manifestación distinta de sí misma, también configura ese Adentro del que proviene la Vida**.

Buenos Aires, octubre 1997-junio 1998/Parque La Rreja 31/12/2014